

¿Construir otra sociedad desde los movimientos?: Los movimientos sociales como modo de existencia de la lucha en la sociedad capitalista.

Manuel Garza Zepeda y Ever Sánchez Osorio.

Cita:

Manuel Garza Zepeda y Ever Sánchez Osorio (2019). *¿Construir otra sociedad desde los movimientos?: Los movimientos sociales como modo de existencia de la lucha en la sociedad capitalista. XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-030/2017>



¿Construir otra sociedad desde los movimientos?: Los movimientos sociales como *modo de existencia* de la lucha en la sociedad capitalista.

Manuel Garza Zepeda
Ever Sánchez Osorio

Resumen

La ponencia propone el análisis de las luchas sociales contemporáneas, en particular aquellas relacionadas con los “gobiernos progresistas”, que permita dar cuenta de la situación que ha dado lugar a las afirmaciones de un fin de ciclo progresista. Frente al arribo de gobiernos que dan marcha atrás a las políticas sociales de los últimos años, surge la cuestión de cómo entender ese resultado: ¿qué falló en el análisis de los movimientos? ¿Por qué no se pudo prever el riesgo del retroceso? ¿Se trata del inevitable fin de un ciclo o bien de defectos en la observación o en las acciones de los propios movimientos? Frente a ciertas afirmaciones de que el problema fue no haber percibido adecuadamente la acción de contramovimientos de arriba, desde la perspectiva del marxismo abierto proponemos considerar a los movimientos sociales como la “forma” que asume la lucha dentro de la relación de capital. Y, por tanto, como el modo de existencia que niega pero al mismo tiempo expresa tal lucha. Esto nos permite comprender sus limitaciones y entender que la relación de capital implica un antagonismo con dos polos en conflicto y en acción: uno de ellos para trascender a la relación misma y a la “forma” movimiento social como exteriorización de la lucha, mientras el otro procura el encauzamiento de ella en esa “forma”. Sostendremos, en conclusión, que en la “forma” movimiento se encuentran limitaciones pero al mismo tiempo tendencias hacia el desbordamiento que miran más allá de la sociedad organizada por el capital.

Palabras clave

Movimientos sociales; Anticapitalismo; Marxismo abierto; Forma; Capital

Introducción

En los últimos cuatro años se ha desarrollado una interesante discusión catapultada por la observación de que la situación sociopolítica en Latinoamérica, lejos de corresponder a las esperanzas y el optimismo alentados en los primeros años del siglo XXI, parece encontrarse en franco retroceso para las fuerzas emancipadoras. El triunfo de Mauricio Macri en las elecciones presidenciales del año 2015 en Argentina, el triunfo electoral de la oposición en el parlamento venezolano ese mismo año, la destitución en Brasil de



Dilma Roussef en mayo de 2016 y el encarcelamiento de Luiz Inacio “Lula” Da Silva en abril de 2018, así como la incertidumbre respecto a un nuevo mandato presidencial de Evo Morales en Bolivia constituyen los síntomas más evidentes de lo que los analistas consideran una clara ofensiva con importantes avances de la derecha en la región sudamericana.

Frente a tal cambio en la situación es inevitable formular preguntas del tipo: ¿qué pasó? ¿cómo se puede explicar esta deriva? ¿Por qué se frustraron las esperanzas abiertas con la llegada de gobiernos que, con mayor o menor grado de radicalismo, proclamaban el abandono de las políticas neoliberales? Los diferentes intentos por ofrecer respuestas han producido un debate en torno a lo que algunos han llamado el “fin del ciclo progresista” (Katz, 2017; Rauber, 2015), el cual se ha centrado particularmente en ofrecer interpretaciones acerca del carácter de los denominados “gobiernos progresistas” y las causas de su retroceso electoral.

Aunque el debate ha hecho evidentes importantes diferencias respecto a la forma de caracterizar a tales gobiernos y al modo de considerar la situación actual – sea como rotundo fracaso o bien como avance parcial –, en la gran mayoría de los diagnósticos se postulan errores en la conducción de los procesos de cambio como uno de los factores fundamentales que condujeron a la situación actual. El problema, en todos los casos, tiene que ver con la necesidad de explicar cómo es posible que, después de la llegada al gobierno de un partido o un movimiento cuyo triunfo se presenta como una ruptura en el orden neoliberal, después de unos años los procesos electorales muestren un giro electoral hacia la derecha.

Fundamentación del problema

El denominado “ciclo progresista” refiere a la llegada al poder, en varios países sudamericanos, de gobiernos surgidos de procesos electorales que tradujeron las aspiraciones de diversas movilizaciones populares. Puede decirse que da inicio en 1998 con la llegada al poder de Hugo Chávez en Venezuela, seguido de la elección de gobiernos que proclamaban su adhesión a principios distintos al neoliberalismo en Brasil, Bolivia, Ecuador, Argentina, Uruguay. Raúl Zibechi (2015) incluye en este grupo a Chile y Paraguay aunque formula una importante distinción en el interior del mismo: de un lado estarían aquellos gobiernos que intentaron cambios con diversos alcances pero nunca apuntaron hacia una superación del capitalismo extractivista-financiero. En este primer grupo considera a los gobiernos de Brasil, Ecuador, Argentina, Uruguay,



Paraguay y Chile. En otro grupo coloca a los gobiernos de Venezuela y Bolivia, que abiertamente proclamaron su intención de trascender la realidad existente.

Como afirma el propio Zibechi (2015), hablar simplemente de progresismo es demasiado vago, pues implica referirse con una etiqueta a procesos muy diferentes. Los diferentes gobiernos surgieron en algunos casos de movilizaciones exclusivamente electorales, mientras en otros fueron resultado de poderosos movimientos sociales con amplias trayectorias de lucha. Ya en el gobierno adoptaron medidas que pretendían dejar atrás el Consenso de Washington y apelaban a la reducción de las terribles desigualdades sociales que caracterizan a la región latinoamericana en su conjunto. El mejoramiento de las condiciones de vida para las mayorías más empobrecidas, el incremento de las posibilidades de consumo y las reformas que apuntaban a una mayor inclusión y la democratización política fueron caracterizados como “ciclo progresista” (Katz, 2017; Codas, 2015; Modonesi, 2015; Mitchell, 2016, Schavelzon, 2017), “cambio de época” (Arkonada, 2015) o “posneoliberalismo” (Stefanoni, s/f). Las diferentes denominaciones propuestas no son un asunto menor pues apuntan precisamente a la imprecisión en los términos del debate. Pues, como señala Katz (2017) no queda claro si la idea de un abandono del neoliberalismo se refiere al carácter de los gobiernos o al patrón de acumulación. Lo que sí queda claro, en cambio, es que en ningún momento refirió a la búsqueda de una trascendencia de las relaciones sociales capitalistas: se admitió la inevitabilidad del capitalismo y las escasas referencias a programas socialistas se redujeron a una eventualidad en algún futuro siempre lejano (Katz, 2017).

La ambigüedad en los términos del debate ha permitido entonces defender tanto la idea de que los gobiernos progresistas significaron avances, como afirmar de manera absoluta que no hubo tales. El principal argumento de quienes sostienen que los gobiernos progresistas trajeron consigo avances se basa en la mejoría de los indicadores socioeconómicos. En particular, una reducción de la pobreza que fue resultado tanto del crecimiento de los mercados laborales hecho posible por el crecimiento económico asociado a la exportación de materias primas, como de las políticas sociales que incluyeron el aumento de los salarios mínimos (Codas, 2015; Zibechi, 2015). Sin embargo, previene Katz (2017, 110), el crecimiento económico, del consumo, y el mejoramiento de las condiciones de vida también han sido registrados en otros ciclos de “reactivación y valorización exportadora”, por lo cual no pueden ser atribuidos de manera exclusiva a políticas particulares de los gobiernos progresistas.



Por otra parte, quienes rechazan la existencia de avances debidos a los gobiernos progresistas apuntan al hecho de que la desigualdad social no desapareció ni hubo verdaderas reformas estructurales (Zibechi, 2015). En el ámbito económico no hubo la capacidad de generar una economía productiva (Katz, 2017), en cambio se observó una verdadera desindustrialización y un curso de re-primarización de las economías como resultado de la adopción de políticas extractivistas (Zibechi, 2015; Svampa 2014; Stefanoni, s/f). En lo político, aunque se reconocen ciertas reformas que se consideran “conquistas democráticas” (Katz, 2017), parece haber cierto consenso en torno a la deriva autoritaria de los gobiernos progresistas, y en términos generales un distanciamiento hacia los movimientos populares.

Respecto a esta última cuestión, la de la relación con los movimientos populares, frente al avance de la derecha en los procesos electorales se ha postulado como una absoluta necesidad la de retornar a la articulación de los diversos actores del campo popular. Prácticamente se considera que la única posibilidad de evitar el retroceso y avanzar en la profundización de lo ya logrado radica en apelar a la participación popular (Rauber, 2015; Katz, 2017).

Esta apelación a la participación popular resulta llamativa, pues en general es posible observar que en el análisis y la valoración del significado de los gobiernos progresistas, es decir, si acaso pueden considerarse o no como un avance, en ningún momento aparecieron los movimientos populares. Una vez que condujeron, así fuera de manera indirecta, a los triunfos electorales, desaparecieron del horizonte del análisis. Se da cuenta de las vacilaciones, los errores, los anquilosamientos burocráticos, la incapacidad para mirar más allá de proyectos neodesarrollistas de parte de los nuevos gobernantes, sus limitaciones nacionalistas al dar la espalda a posibilidades de integración regional, de articulación productiva; pero los sectores populares simplemente son ignorados.

Esos actores solamente vuelven a aparecer cuando el ímpetu de los gobiernos progresistas empieza a declinar. Y reaparecen no para dar cuenta de lo que ha ocurrido con los procesos progresistas sino como sus críticos, incomprensiblemente incapaces de valorar las mejoras que han obtenido en sus vidas e ingratamente partidarios electorales de la derecha, así como las víctimas de la represión gubernamental progresista. No comprenden que sus críticas solamente fortalecen a la derecha y son capturados por las estrategias electorales de ésta, así como engañados cruelmente por la propaganda mediática de los grandes consorcios informativos vinculados a las élites



económicas, por no hablar de las embajadas norteamericanas, que se habrían visto obligadas a jugar el principal papel opositor a los gobiernos ante la desorientación política de la derecha electoralmente derrotada (Arkonada, 2015).

Víctimas de la represión, manipulados por la propaganda, la acción de los sectores populares, incluso de los más fuertes movimientos de la región no constituye un factor a ser tomado en cuenta en el despliegue de los procesos encabezados por los gobiernos progresistas sino al principio y en su discutido declive: no más que masas electorales. Pues como decíamos más arriba, en el momento crítico se reconoce la necesidad de volver a articularlos. La única posibilidad no sólo de profundizar sino incluso de consolidar lo ganado pasaría necesariamente por una radicalización que permita superar las vacilaciones (Katz, 2017). Y esa radicalización implica necesariamente un nuevo acercamiento con los movimientos populares. Paradójicamente, afirma Arkonada (2015), las victorias electorales son la condición que permitiría impedir la reversibilidad de los procesos puestos en marcha por los gobiernos progresistas. Vale la pena señalar, sin embargo, que la presencia de las masas populares no sólo se considera necesaria para ganar elecciones. Puede decirse, en cambio, que quienes apuestan a renovar la presencia de los movimientos en el escenario político principal les atribuyen una capacidad de transformación social que no está necesariamente justificada (Dhanagare D. y J. John, 1988).

¿Es posible construir otro mundo desde los movimientos sociales?

En este punto llegamos precisamente a la cuestión central de la ponencia. Cuando los estudiosos de los procesos abiertos por los gobiernos progresistas proponen que la única salida posible al riesgo de la reversión en esos países es el retorno a la relación con los movimientos populares, parecen perder de vista que en el análisis del desarrollo de aquellos procesos, dichos movimientos no constituyeron factor alguno. Vuelven a aparecer en el horizonte del análisis solo en tanto recurso para recuperar la iniciativa política y los triunfos electorales, frente al avance de los partidos y fuerzas contrarias al progresismo. Pero es evidente que esta consideración no implica modificar el tipo de relación de los movimientos con los gobiernos. Es decir, no se afirma que el problema haya radicado en haber marginado a los movimientos del desarrollo de los procesos. Sin embargo, el hecho de que no se pueda atribuir responsabilidad alguna a los movimientos en los errores, las vacilaciones o como quiera llamarse a las decisiones de los gobiernos que llevaron a las derrotas electorales, permite seguir atribuyéndoles a aquellos capacidades transformadoras. Si los errores pueden imputarse a los



gobiernos, e incluso a personajes particulares, los movimientos parecen haber salido sin mácula. Por ello es posible apelar nuevamente a su salvadora presencia. Aunque sigue siendo evidente que no se hace un llamado a modificar el patrón de relaciones con los gobiernos sino a renovar las relaciones, que en el pasado reciente estuvieron caracterizados por la represión, no necesariamente por la incapacidad de asumir las críticas, sino por el imperativo de mantener los procesos bajo control gubernamental. Los movimientos sociales no apelan a gobernar, pero es claro que han depositado sus esperanzas en lograr algunas de sus aspiraciones por la vía de gobiernos impulsados por ellos.

La pregunta abierta, entonces, es si acaso es posible construir otro mundo desde los movimientos sociales, es decir, si el fracaso ha sido producido por la marginación a que fueron sometidos.

Las reflexiones que proponemos en la siguiente parte de la ponencia se alejan de los casos concretos y adoptan un carácter más general, de carácter teórico, relacionado con la conceptualización misma de los movimientos sociales. A este respecto podemos decir que los estudios sobre esta problemática en general apuntan a la necesidad de dar cuenta de manera adecuada de los rasgos que adoptan los movimientos. Una revisión de la literatura correspondiente nos permitiría advertir que los enfoques predominantes se empeñan en la búsqueda de explicaciones plausibles acerca de las expresiones empíricas de los movimientos. La “novedad” parece haberse convertido en la característica más sobresaliente de cada oleada de luchas que de cuando en cuando sacuden diversas regiones del mundo (Pleyers, 2018). Así, mientras en los años 60 del siglo pasado surgieron los “nuevos movimientos sociales”, para fines del mismo teníamos a los movimientos alterglobalización (simbolizados por las luchas en Seattle en torno a la cumbre de la Organización Mundial de Comercio en 1999), y al finalizar la primera década del siglo veintiuno a los movimientos por la justicia global (simbolizados a su vez por los movimientos Ocupa, la Primavera árabe y los “indignados”).

Cada una de esas oleadas traería consigo reflexiones orientadas a señalar las novedades que justificarían la necesidad de renovar los enfoques de análisis, o incluso llevarían al planteamiento de buscar nuevas denominaciones justificadas por la relevancia de las transformaciones observables en los fenómenos empíricos (Bayat, 2012; Dinerstein y Deneulin, 2012).

Pero en todos estos desarrollos la reflexión sobre las posibilidades emancipadoras de los movimientos sociales está en general ausente. El reconocimiento del fracaso de las



esperanzas transformación puestas en los movimientos tampoco ha llevado a considerar si acaso tales esperanzas no son injustificadas o cuando menos valdría la pena emprender una seria discusión al respecto. Los movimientos sociales salen siempre bien librados, aún de los fracasos. Así, por ejemplo, en un libro de reciente aparición Geoffrey Pleyers (2018) plantea expresamente la cuestión, preguntándose cómo fue posible que las esperanzas de cambio abiertas por los movimientos de la década de 2010 hayan sido frustradas:

Siete años después del inicio de una ola global de movimientos sociales a favor de la democracia, el panorama político y social está lejos de las esperanzas democráticas que movilizaron a millones de ciudadanos. No solo los movimientos progresistas no lograron derrocar a los poderes a los que se oponían, sino que estamos frente a un fortalecimiento de la represión, del autoritarismo y del conservadurismo.

La respuesta que ofrece el mismo autor, retornando a la definición de Alain Touraine según la cual los movimientos sociales producen a la sociedad, es que en las perspectivas de análisis se dejó de lado el hecho de que “no solo producen a la sociedad los movimientos progresistas. También lo hacen los movimientos conservadores” (Pleyers, 2018:101). Aunque este planteamiento no se refiere expresamente a la cuestión de los gobiernos progresistas, ciertamente se encuentra en la misma tónica de intentar una explicación relativa a la derrota de las esperanzas de transformación, en este caso democrática, de las sociedades en que se producen amplias movilizaciones sociales. Es decir, nos coloca ya directamente en el problema central de esta ponencia: las posibilidades de generar transformaciones de orden societal desde los movimientos sociales.

La perspectiva de Pleyers (2018) contiene una innovación respecto de la necesidad de considerar que, frente a los movimientos sociales que buscan la democratización, no hay un vacío sino fuerzas, que él propone considerar también como movimientos, cuyo objetivo es apuntalar el capitalismo financiero global, actores ciertamente conservadores que deben ser estudiados entre los movimientos sociales. Pero su planteamiento no se limita a esta cuestión, que sin duda deja de pie la consideración de los movimientos sociales como productores de la sociedad. Sólo enfatiza que la producción de la sociedad es el resultado de la acción no solamente de los movimientos progresistas sino más bien de la interacción entre estos y otros movimientos y actores conservadores.



Para nuestros propósitos aquí es más relevante otra condición que Pleyers (2018) establece para la adecuada comprensión de los impactos de los movimientos sociales sin abandonar la concepción toureniana de los movimientos sociales como agentes de la transformación social: el reconocimiento de los mecanismos de reproducción de la sociedad. Por ello llama a no subestimar “el peso de las estructuras sociales y de los procesos sociales que contribuyen a reproducir la sociedad, como por ejemplo los *habitus*, la apatía y el conformismo de muchos ciudadanos, el peso de las instituciones y de los actores conservadores, entre otros factores” (Pleyers, 2018: 97).

Esta consideración de factores que se oponen a la acción de los movimientos sociales y que permiten comprender los limitados impactos que se pueden observar en espacios institucionales nos conduce más allá de la imputación de errores a los dirigentes o activistas, de desviaciones debidas a la traición o la cooptación. Conduce la mirada hacia el exterior de los movimientos para entender que su acción no se desliza suavemente sobre una superficie libre de rozamiento, sin obstáculo alguno. Hacia las fuerzas que se oponen a tal acción. Sin embargo, como es evidente, en esta perspectiva que pretende superar los sesgos epistemológicos presentes en los enfoques dominantes para el estudio de los movimientos sociales (Pleyers, 2018), éstos han salido nuevamente libres de todo pecado. Son otras fuerzas y no algún rasgo de ellos mismos lo que da cuenta de su fracaso. Por supuesto, no se puede ignorar que, efectivamente, los movimientos actúan en el interior de un sistema de fuerzas y que esa acción enfrenta resistencias de carácter conservador. Pero aquí queremos apuntar más allá. Consideramos que las dificultades para cambiar el mundo no están fuera de los movimientos sociales sino en su propia existencia. Desde la noción de *forma* que se encuentra en la obra de Marx y que ha sido desarrollada desde el enfoque denominado *marxismo abierto* (Bonnet, Holloway y Tischler, 2005) consideramos que los movimientos sociales son la *forma*, un modo de existencia de la lucha en el seno de la sociedad capitalista. Como modo de existencia, exterioriza y niega la relación de lucha que es constitutiva de las relaciones sociales capitalistas.

Los movimientos sociales como *forma* de la lucha

El punto de partida aquí es uno de carácter epistemológico y no es exclusivo del análisis de los movimientos sociales. Tiene que ver con la distinción entre el mundo inmediato, lo aparente, y una realidad sustancial que se presenta a sí misma en la apariencia pero que al mismo tiempo es negada en ella. Karel Kosik (1985:27), había planteado que “el mundo fenoménico tiene su estructura, su propio orden y su propia legalidad que puede



ser revelada y descrita. Pero la estructura de este mundo fenoménico no capta aún la relación entre él mismo y la esencia”. Para evitar una interpretación dualista que incluso formulara la cuestión en términos de verdad y falsedad en relación con esencia y apariencia, Kosik aclara que no se trata de postular la existencia de dos realidades separadas, una de las cuales, la esencial, resultaría imposible de aprehender como no fuera por la pura especulación. En cambio, argumenta que no hay mayor realidad en una u otro, ni una distinción radical, pues “la realidad es la unidad del fenómeno y la esencia” (Kosik, 1985: 28). Una realidad que no tiene otro modo de manifestarse sino a través del fenómeno. Este, por tanto, expresa algo distinto de sí mismo. En consecuencia, en el fenómeno, la realidad sustancial se muestra pero al mismo tiempo se oculta. ¿Cómo entender esto? ¿Por qué razones la realidad sustancial se muestra a sí misma en algo que no es ella misma, como algo distinto de sí misma? ¿Es el ocultamiento de la realidad sustancial en el fenómeno una propiedad inherente a la existencia de cualquier objeto real? Ciertamente, aquí se trata de una concepción de la realidad social, y no de cualquier realidad o de la realidad en general. Nos referimos concretamente a una sociedad capitalista. Lo característico de cualquier sociedad es que constituye, en todas sus manifestaciones, un producto de la actividad concreta de los sujetos. Son sus prácticas las que crean modos más o menos cristalizados de relación, convertidos en instituciones, normas, representaciones. En la sociedad capitalista ese proceso creativo se traduce en objetos aparentemente fijos que además ocultan su carácter de productos de la actividad humana. En cambio, se nos aparecen invirtiendo la relación, como “estructuras” que determinan las prácticas de los sujetos.

¿Por qué ocurre tal inversión en la sociedad organizada por el capital? La respuesta se halla en las condiciones en las que los sujetos realizan su actividad práctica productiva. El desdoblamiento de la realidad social en una sustancia y el modo en que se aparece, o su modo de existencia es resultado del carácter dual y antagónico del trabajo en el capitalismo (García Vela, 2015). A partir de aquí, llamaremos forma o modo de existencia a eso que Kosik (1985) denomina el fenómeno. No se trata simplemente de una sinonimia, pues con la noción de forma será necesario introducir el carácter antagónico de las relaciones sociales capitalistas, algo que no está contenido en la noción de fenómeno o mundo fenoménico de Kosik (1985).

Siguiendo a García Vela (2015), como señalábamos antes, es propio de la sociedad capitalista el desdoblamiento de la realidad social en una sustancia y su modo de aparición. El trabajo productor de mercancías tiene en el capitalismo un doble carácter:



como trabajo abstracto y trabajo concreto. No se trata de dos tipos de trabajo separados, sino de dos dimensiones propias de la actividad productora. Pero tales dimensiones no existen simplemente una junto a la otra: dan lugar a un antagonismo constitutivo de las relaciones sociales:

Las propiedades particulares del trabajo concreto dirigidas a crear valores de uso se contraponen a las propiedades sociales y sintéticas del trabajo abstracto creador del valor, es decir, el trabajo abstracto como síntesis social niega y anula todo carácter particular y concreto del trabajo. (García Vela, 2015: 28).

El trabajo concreto y el trabajo abstracto se encuentran, así, en una relación antagónica, de lucha. El producto del trabajo en las condiciones del capitalismo adquiere el carácter de mercancía, que es también antagónica: es al mismo tiempo valor de uso y valor (García Vela, 2015). El desarrollo del antagonismo produce que el valor y el valor de uso se manifiesten como dos modos de existencia distintos: por una parte el dinero en su carácter de equivalente universal y la mercancía como objeto con propiedades materiales concretas y con un valor de uso particular (García Vela, 2015).

En su aparición como el medio de intercambio, como cosa que se cambia por otras, el dinero no se presenta como el modo de existencia del valor y, por tanto, del trabajo abstracto. El dinero, pues, no sólo se presenta como una cosa separada y distinta de la mercancía, sino que en ese modo de aparición oculta, niega la realidad sustancial que lo constituye y al mismo tiempo el antagonismo cuyo desenvolvimiento expresa. Un desenvolvimiento que no es precisamente desarrollo lógico o predeterminado sino uno de lucha. Pues desde el momento en que la forma constituye el modo de aparición de una realidad sustancial que es negada, velada por la forma misma, es indiscutible que esa negación no es absoluta, es decir, no implica la supresión de lo que es negado. El trabajo abstracto no desaparece por ser negado en la forma dinero, ni el trabajo concreto es suprimido por el trabajo abstracto. Su relación antagónica implica la lucha: lucha de lo que es negado en contra de su propia negación. Lo que es negado, lejos de desaparecer, “existe en el modo de su negación” (Gunn, 2005: 127).

El antagonismo fundamental entre trabajo abstracto y trabajo concreto tiene como resultado que las relaciones sociales en el capitalismo existan como formas: forma-mercancía, forma-dinero, forma-salario, forma-estado, formas que “parecen ser autónomas respecto del capital y se presentan como un medio para transformar nuestras vidas o emancipar la sociedad” (García Vela, 2015: 16). Son, en cambio, el modo de existencia del antagonismo fundamental, un antagonismo que no se cristaliza



en las formas de una vez y para siempre sino, como habíamos señalado antes, se despliega como expresión de la lucha por negar y en contra de la negación. Las formas son modos de existencia de la dominación y, por tanto, la emancipación no puede desplegarse en su interior. Más bien, implica la lucha contra tales formas para disolver el núcleo sustancial que las produce: la explotación y la dominación capitalistas.

La lucha, en consecuencia, es el proceso constitutivo de las relaciones capitalistas y de su modo de existencia en las *formas*. Una lucha que no refiere a la experiencia empírica de la confrontación entre grupos sociales sino al antagonismo entre la creatividad y la autodeterminación humanas, y su negación en la forma de trabajo asalariado. Lucha que aparece reducida a mero conflicto de intereses entre diferentes grupos sociales, es decir bajo la forma, por ejemplo de lucha política o de movimientos sociales. La dinámica del antagonismo que fundamenta a la forma en tanto modo de existencia tiene su origen en la práctica humana misma. Los sujetos, privados de la autodeterminación, se resisten a la negación de su propia subjetividad. Y lo hacen rechazando a las formas mismas. La práctica constituye al antagonismo y, por tanto, “existe en sí misma, para sí misma y contra sí misma” (Bonefeld, 2004: 63). Desde esta perspectiva, proponemos mirar las acciones de protesta y los movimientos sociales como formas de existencia de esa lucha. Es decir, como procesos que aparecen exteriorizándose en el modo de conflicto enmarcado “dentro de los límites estatales y de la democracia liberal” (Tischler, 2016: 35). Como movimientos sociales, se trata de formas que exteriorizan la lucha pero que al mismo tiempo la niegan. La niegan como expresión del antagonismo al reducirlo a simple conflicto de intereses susceptible de ser tratado y resuelto en el marco de la institucionalidad política. Y niegan, en consecuencia, la existencia de la sociedad como lucha, como rechazo de la negación de la práctica social humana.

Pero como forma, en el movimiento social se expresa al mismo tiempo la lucha en contra de su captura dentro de los límites de la política estatalizada. Esto es, las luchas conceptualizadas como movimientos sociales constituyen la expresión, en forma de su negación, de los impulsos de los sujetos por ir más allá de las relaciones capitalistas. Las tentativas de transformación social que son negadas al ser capturadas mediante las nociones de movimiento social y toda su parafernalia conceptual.

Esta concepción nos permite comprender no solamente los cambios recurrentes en los rasgos empíricos de los movimientos sociales en términos de la manifestación del desbordamiento de la *forma*, sino también ofrecer una respuesta a la cuestión sobre la posibilidad de construir otra sociedad desde los movimientos sociales. Y esa respuesta



es negativa. No es posible lograr la emancipación, la transformación de las relaciones sociales capitalistas desde las propias formas en que ellas se exteriorizan. Como un modo de existencia del antagonismo fundamental de la sociedad capitalista, la emancipación no solamente no es posible desde los movimientos sociales sino que la única posibilidad radica precisamente en la lucha contra esa *forma*. Solo mediante el desbordamiento de la creatividad, del hacer humano, negado en la forma de trabajo y en la forma de movimientos sociales, que intenta construir por sí mismo, individual y colectivamente, en diversos espacios de la vida cotidiana, modos distintos de relacionarse, no mediados por el dinero sino por la solidaridad, el disfrute, la comprensión mutua. Sólo mediante el rechazo a la reducción instrumentalista de las nociones de movimiento social, negando prácticamente la separación entre objetivos y medios de la lucha. No hay unos objetivos colocados fuera y más allá del despliegue de la acción. La lucha se desborda frente a la normalización de la forma movimiento social, como un modo de expresión distinto de las vías institucionales, pero reconocido como un componente de las democracias occidentales (Della Porta y Diani, 2006), y por tanto legitimado como instrumento para la búsqueda del cambio social. La lucha emancipadora se expresa no solamente como tentativas al margen de los canales institucionalizados sino en contra de la propia forma de movimiento social. Al percibir esta negación de la forma movimiento, Sergio Tischler (2016) propone llamar a las luchas recientes “movimientos de insubordinación social”. Negación dentro de los movimientos sociales que expresa el desbordamiento de la forma, las tentativas de rechazo de lo que aparece negado precisamente en ella: la lucha.

Aunque a primera vista podría parecer un simple juego de palabras, nuestro argumento es que en los movimientos sociales lo que es negado es precisamente la lucha, entendida en términos del rechazo a la explotación, al aplastamiento de la creatividad y la subjetividad humanas, de sus capacidades de autodeterminación. Es decir, el rechazo a la deshumanización y, por tanto, la reivindicación de otras formas de actividad y de relación no basadas en el vínculo del dinero. Y esa lucha se exterioriza en la forma de movimientos sociales, velando aquella negación y presentando a sujetos agrupados en torno a identidades particularizadas por intereses que se despliegan en el marco existente de la explotación y la dominación capitalistas. Sujetos que aspiran a mejorar su vida material, a ser reconocidos políticamente o, en general, a lograr la satisfacción de demandas determinadas. Pero que en modo alguno implican la trascendencia del mundo existente. Esos movimientos sociales pueden expresarse de modos más o menos radicales, derrocar gobiernos y lograr el triunfo electoral de partidos de oposición,



ser cooptados por ellos o mantenerse en la resistencia, pero como formas de existencia, como negación de la realidad sustancial de rechazo a las relaciones sociales capitalistas, no apuntan a su trascendencia.

A modo de conclusión

La instauración de gobiernos denominados progresistas en diversos países de América Latina abrió grandes expectativas entre militantes de movimientos sociales y analistas en torno a las posibilidades de transformación social. Dos décadas después se discute acerca del significado de las derrotas electorales de esos gobiernos en un país tras otro o las crisis políticas en algunos más, así como sobre las razones del “retroceso”. Los movimientos sociales que, directa o indirectamente, contribuyeron a los triunfos electorales progresistas aparecen en el análisis, en primer término como víctimas de la represión cuando mantienen una resistencia a políticas que dan continuidad a orientaciones neoliberales, o bien son simplemente cooptados. Pero en cualquiera de los casos permanecen como alternativa para la profundización de los procesos progresistas. Se apela a la rearticulación con ellos como única alternativa a la profundización de esos procesos, o cuando menos a la preservación de lo logrado.

Sin embargo, no existe una crítica respecto a las posibilidades reales de emancipación desde los movimientos sociales. Se les imputa una capacidad transformadora que no está necesariamente justificada. A partir de los argumentos considerados en la ponencia, consideramos que los movimientos sociales son una *forma* capitalista, un modo de existencia que oculta y niega la lucha que realmente puede conducir a la emancipación social. Como se señaló anteriormente, la destrucción de las relaciones sociales capitalistas no es posible en el marco de las *formas*, que expresan la supervivencia del antagonismo fundamental propio de tales relaciones: el antagonismo entre trabajo concreto y trabajo abstracto. Por el contrario, la única posibilidad de transformación social radical se encuentra en la destrucción de esas formas, en la disolución de su antagonismo constitutivo. Los cambios recurrentes observables en los rasgos empíricos de los movimientos sociales, que los estudiosos suelen acomodar bajo la noción de las “novedades” de los movimientos constituyen la expresión más clara de la insubordinación, de la lucha permanente por trascender la *forma* movimiento y apuntar hacia la transformación radical de la actividad humana.

Bibliografía

Arkonada, Katu (2015). “¿Fin del ciclo progresista o reflujo del cambio de época en América Latina? 7 Tesis para el debate”, en: <https://bit.ly/3b7raRO>. Consulta: 14/06/19



- Bayat, Assef (2012). "Politics in the city-inside-out", en *City & society*, Vol. 24, Issue 2, pp. 110-128.
- Bonefeld, Werner (2004). "Clase y constitución", en John Holloway (comp.), *Clase = Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*. pp. 33-68. Buenos Aires: Universidad Autónoma de Puebla, Ediciones Herramienta.
- Bonnet, Alberto, John Holloway y Sergio Tischler (2005). *Marxismo abierto. Una visión europea y latinoamericana*, vol. I. Buenos Aires: Universidad Autónoma de Puebla, Ediciones Herramienta.
- Codas, Gustavo (2015). "Desafíos al ciclo progresista en América Latina". *Mate amargo digital*, en : <https://www.mateamargo.org.uy/2015/08/13/desafios-al-ciclo-progresista-en-america-latina/>. Consulta: 14/06/19.
- Dhanagare, Dattatreya N, y J. John (1988). "Cyclical Movement towards the 'Eternal'-'Nine Theses of Social Movements': A Critique", *Economic and Political Weekly*, Vol. 23, No. 21, pp. 1089-1092.
- Dinerstein, Ana Cecilia y Séverine Deneulin (2012). "Hope movements. Naming mobilization in a Post-development world", en *Development and change* 43(2): 585-602. International Institute of Social Studies. DOI: 10.1111/j.1467-7660.2012.01765.x
- García Vela, Alfonso Galileo (2015). "Forma y sustancia: Una aproximación desde El Capital y los Grundrisse", en *Bajo el Volcán*, Revista del Posgrado de Sociología. Puebla, México: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Gunn, Richard (2005). "En contra del materialismo histórico: el marxismo como un discurso de primer orden", en Alberto Bonnet, John Holloway y Sergio Tischler (comps.), *Marxismo abierto*, vol. 1. Argentina, Ediciones Herramienta, Universidad Autónoma de Puebla.
- Katz, Claudio (2017). "Desenlace del ciclo progresista", en *Estudios Críticos del Desarrollo*, Vol. VII, No. 12, Primer semestre, pp. 87-122.
- Kosik, Karel, (1985). "El mundo de la pseudoconcreción y su destrucción", en *Dialéctica de lo concreto*. pp. 25-37. México: Editorial Grijalbo.
- Mitchell, Robie (2016). "The Pink Tide Recedes: End of An Era?", en: <https://bit.ly/2LntOlo>. Consulta: 18/08/19.
- Modonesi, Massimo (2015). "Fin de la hegemonía progresista y giro regresivo en América Latina. Una contribución gramsciana al debate sobre el fin de ciclo", en *Viento Sur*, (142), pp. 23-30, en: <https://bit.ly/3nhOcYH>. Consulta: 18/08/19



Pleyers, Geoffrey (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*. Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Rauber, Isabel (2015). "La clave del protagonismo popular. Gobiernos populares de América Latina, ¿fin de ciclo o nuevo tiempo político?", en: <https://bit.ly/3rWIPms>. Consulta: 19/08/19.

Schavelzon, Salvador (2017). "El fin de ciclo progresista sudamericano", en: <https://nuso.org/articulo/el-fin-de-ciclo-progresista-sudamericano/>_Consulta: 15/08/19.

Stefanoni, Pablo (s/f). "La lulización de la izquierda latinoamericana". *Le Monde Diplomatique* edición cono sur, en: <https://bit.ly/3beGSun>. Consulta: 14/06/19.

Zibechi, Raúl (2015), «Hacer balance del progresismo», Resumen Latinoamericano, en: <https://bit.ly/3rVXCfW>. Consulta: 14/06/19.